

« Antes del alba se hallará en el puerto
 « Con una nave en que partir seguros
 « Podremos de estos malhadados muros.
 « Paladin, traficante ó marinero
 « A quienes, cual á mi, funesto acaso
 « Condujo aquí, que me sigais espero,
 « Y que si alguien se opone á nuestro paso
 « Las espadas nos abran ancha via
 « Para salir de esta ciudad impía.

— « Hazlo así, » si te place,
 « Dice Marfisa ; « mas jamas esperes
 « Que tal partido mi valor abrace.
 « Antes que verme huir, verás cual sola
 « Destrozo á esa caterva de mujeres.
 « Combatiendo saldré, saldré de dia,
 « Lo demas redundara en mengua mia.
 « Si descubrir mi sexo yo quisiera,
 « Un puesto, y eminente,
 « Aquí sin duda alguna se me diera.
 « Mas, pues seguida vine de esa gente,
 « No quiero que se diga que me alejo,
 « Mientra en peligro á mis secuaces dejo.»

Así dijo la virgen atrevida ;
 Mas, notando en seguida que funesto
 Ser á los suyos este arrojado debe,
 El plan adopta por Guidon expuesto
 Y á realizarlo se dispone en breve.

A Aleria, pues, según lo convenido,
 Guidon aquella noche el plan confía.
 Ella una nave sin demora apresta,
 Fingiéndose quiere, así que torne el dia,
 Ir con sus compañeras
 A recorrer de la isla las riberas.

Juntado en tanto en su palacio habia
 De escudos, lanzas, cotas y de aceros
 Inmensa coleccion, con que queria
 Armar á sus desnudos marineros.
 Dividiendo el descanso y la fatiga,

Uno de ellos durmiendo, otros velando,
 Ceñida la loriga,
 Del alba estan las luces aguardando.

De la faz de la tierra el sol habia
 Lanzado apenas las tinieblas, cuando
 El femenino ejército, que ansia
 El fin mirar de la contienda cruda,
 Llega en tropel igual al de un enjambre
 Que de colmena en primavera muda.
 Con trompetas, tambores y clarines
 Resonar hace el pueblo cielo y tierra,
 Excitando á los fuertes paladines
 A proseguir la comenzada guerra.
 Armados entretanto
 Y á combatir dispuestos, con su gente
 Aquilante, Grifon, el de Inglaterra,
 Sansoneto y Marfisa al punto vienen.
 Para embarcarse tienen
 Que atravesar la plaza. Conducidos
 Por Guidon, notan una puerta y entran,
 A forzar la de enfrente decididos.
 Mas un muro allí encuentran
 De mujeres armadas y feroces,
 Que, de Guidon las miras penetrando,
 Por estorbarle el paso van llegando.

Guidon y sus gallardos
 Compañeros, Marfisa sobre todo,
 En sacar sus aceros no andan tardos.
 Mas de lograr su intento no hallan modo,
 Pues, de lanzas y dardos
 Al verse en medio de una nube inmensa,
 Cada cual de ellos en su riesgo piensa,
 Temiendo que las cotas y broqueles
 Cedan al cabo á embates tan crueles.

De Sansoneto y de Marfisa viendo
 El duque Astolfo en tierra á los corceles,
 — « ¿A qué aguardo, » se dice,
 « Que al valor infelice

« En tan crítico instante no desfiendo?
 « De la trompa encantada
 « Concluya el son lo que empezó la espada. — »

Diciendo así, toca la trompa. Apenas
 Su eco fatal retumba,
 La tierra, el aire estremecido zumba,
 De espanto y turbacion el alma llena
 Al populacho que las gradas cubre,
 Y que, salir queriendo, con la puerta
 A dar, en su inquietud, apenas acierta.

Cual, despertando al resplandor del fuego
 Que abrasa su mansion, por las ventanas,
 Por los terrados, con mortal congoja
 Y con mil riesgos cada cual se arroja,
 Así del cuerno al hórrido estampido
 Huye el femineo pueblo espavorido.
 Cual, por llegar mas presto hácia la puerta,
 Desde un palco se arroja ó de la grada;
 Mujer hay que del golpe queda muerta;
 Cual, roto un muslo ó la cabeza abierta,
 Cierra el paso á la turba que, azorada,
 Salir del campo espera
 Y en torno de sus puertas se aglomera.

Llanto y gritos de ruina y desconsuelo
 Elévanse hasta el cielo
 Do quier que el eco de la trompa llega,
 A la fuga se entrega
 Con nuevo afan la chusma. Ni esto es cosa
 Que á nadie pasmar deba,
 Pues siempre fué la liebre temerosa.
 Mas lo que es cosa inconcebible y nueva
 Es que Marfisa, que Guidon Salvaje,
 Que los dos fuertes hijos de Oliveros,
 Despues de haber vencido á mil guerreros
 Y cubierto de gloria á su linaje,
 Huyan hoy sin aliento, cual paloma
 O conejo á quien turba y amedrenta
 El estruendo de próxima tormenta.



Astolfo pone en fuga á las mujeres homicidas. (T. I, 378.)

Del encantado cuerno el mismo daño
Hace el son al amigo que al extraño;
Tras de Marfisa, pues, despavoridos
Huyen aquellos héroes aguerridos,
Que mas á cada instante y mas se ofuscan
Y que donde esconderse en vano buscan.

Mientras Astolfo, por allí corriendo,
Sopía sin tregua en el laton tremendo,
La chusma femenina
Corre sin direccion. Cual hácia el monte,
Cual hácia el mar sus pasos encamina;
Cual en los bosques á acogerse viene
Y durante diez dias hay alguna
Que ni vuelve la faz, ni se detiene.

A mas de una su cuita
Desde el puente en las ondas precipita;
De los templos en fin y de las casas,
Dejando la ciudad casi desierta,
Huye su gente en apiñadas masas.

Pálidos, mustios y con faz incierta,
Hácia el mar acudian
Marfisa y sus pasmados compañeros.
Detras dellos corrian
Marinos y viajeros,
Que, á la ensenada descendiendo, encuentran
La nave por Aleria aparejada,
Y, el ancla alzando, emprenden su jornada.

Dentro y en torno á la ciudad en tanto
Siembra Astolfo el espanto.
De su presencia cada cual se oculta.
Mujer hay que, en su afan y en su congoja,
En inmundos parajes se sepulta,
O entre las ondas de la mar se arroja.

Esperando enconstrar á sus amigos,
Hácia la playa se dirige el duque.
Por la desierta arena en vano tiende
Los ojos con afan. Allá á lo léjos,
La vista alzando en fin, divisa al buque,

Que la espuma del mar rápido hiende.
En conflicto tan grave
Qué resolver ni cómo obrar no sabe.

Mas dejemos á Astolfo, y si os aterra
La idea del peligro á que se expone,
Solo quedando en enemiga tierra,
Pensad tambien que cosa no hay que pueda
Dañarle mientras el cuerno no abandone;
Y á la gente del buque retornemos,
Que surca el mar con temblorosos remos.

De la playa distantes,
El espantoso son ya no escuchaban,
Y sin embargo de rubor no osaban
La vista levantar los navegantes.

A su camino el marinero atento,
Pasa á Chipre y á Ródas,
Y entrando en la onda Egea,
Va dejándose atrás las islas todas
Y el peligroso cabo de Malea.
Con favorable y continuado viento
Dobla despues la punta de Morea,
Toca á Sicilia, por el mar Tirreno
Sigue de Italia el litoral ameno
Y llega en fin á Luna,
Do del patron habita la familia.
Allí rendidas gracias dando al cielo
Que no hizo mas menguada su fortuna,
Salta el patron; y, entrando en otro buque,
Con los héroes y la inclita doncella
De nuevo al mar se entrega el mismo dia
Y emprende su camino hácia Marsella.

De aquel suelo tenia
El cetro Bradamante,
Que, á hallarse allí, se holgara en este instante
De obsequiar á esta ilustre compañía.
Llega al puerto la nave. Sin demora
Marfisa de los héroes se despide,
Y á seguir sola el viaje se decide.

Diciendo que desdora
A guerreros de esfuerzo y de denuedo
Ir en grupos cual ciervos, cual palomas,
Cual animal en fin que tiene miedo;
Mientras el hacon, el águila altanera,
Recorren solos la azulada esfera,
Y solos en el bosque cavernoso
Habitan el leon, el tigre, el oso.

De diversa opinion los otros siendo,
Dellos Marfisa aléjase, siguiendo
Por el oscuro bosque extraña via.
Por otra mas trillada al otro dia
Los cuatro caballeros
A un castillo llegaron
Do hospitalarias gentes encontraron.

Hospitalarias, digo en apariencia;
Pues aleve, fingida,
Fué la benevolencia
Con que allí se les dió pronta acogida.
Mientras tranquilo cada cual reposa
En medio de la noche silenciosa,
Gente inicua los liga
Y á jurar pacto infame los obliga.

Mi pluma, empero, aquí los abandona
Por retornar á la sin par Marfisa,
Que, la Durenza, el Ródano y el Sona
Atravesando, viene
A un monte á cuya falda se detiene.
Allí, junto á un torrente, en negro traje
Llegar advierte una mjer anciana,
A quien, mas que el cansancio de su viaje,
Profunda cuita, al parecer, afana.

La vieja es esta que servir solia
En negra cueva á la caterva impía,
A quien vino á dar muerte
Del principe de Anger el brazo fuerte.
Esta malvada, á quien el miedo ofusca
De expiar sus maldades, noche y dia

Inquieta vaga por la selva umbria
 Y en ella un sitio do ocultarse busca.
 Mas , apénas divisa
 Las extranjeras armas de Marfisa ,
 Léjos de huir, cual siempre fué su usanza,
 Hácia el vado se avanza ,
 Aguarda á que se acerque la doncella ,
 Y llegándose hácia ella ,
 La saluda y le ruega
 Que á la otra orilla en su bridon la pase.
 Este favor la virgen no le niega.
 Pásala pues , y , sin dejar que baje
 Hasta hallar un paraje
 Seco y sin fango , llévala á un sendero
 Do , entrando , ven venir un caballero
 Sobre fúlgido arzon , y acompañado
 De una dama y de un único escudero ,
 Hácia el rio bajaba este guerrero
 De relucientes armas adornado.
 Bella es su dama y jóven ; mas , adusta
 De su semblante la expresion , disgusta.
 Altiva y embustera ,
 Del que la sigue es digna compañera.
 Este era Pinabelo el maguntino ,
 El mismo que en la cueva á Bradamante
 Lanzó por poner fin á su destino.
 Con Pinabelo va la que , de Atlante
 Presa en poder , le dió tantos enojos
 Y verter tanto llanto hizo á sus ojos.
 Arrancada de allí por Bradamante ,
 En busca de su amante
 Esta dama voló , y desde aquel dia
 Jamas abandonó su compañía.
 Vana de su beldad la jóven dama ,
 A la vieja que viene con Marfisa
 Provoca audaz con insultante risa.
 Marfisa , á quien ofende
 Tal proceder , respóndele enojada :



Marfisa y la vieja encuentran á Pinabelo. (T. I, p. 382.)

« Yo pondré con mi espada
« A tu necia arrogancia cortapisa.
« Busca quien te defienda; y, si le venzo,
« Sabe que por quitarte ese vestido
« Y ese soberbio palafren comienzo. »
Pinabelo, escuchando el desafío,
Recusarlo no pudo,
Y, tomando una lanza y un escudo,
Llega á Marfisa con fingido brio.
Esta tambien una gran lanza aferra,
Y á su rival, que galopando viene,
En la cabeza hiriéndole, detiene,
Y sin sentido arrojalo por tierra.
Victoriosa adelántase en seguida;
Del bridon y las ropas se apodera
De la dama altanera,
Y á la vieja convida
El vestido á aceptar y el bello bruto
Que de aquella victoria ha sido fruto.
Bajo su rico traje
Mas horrorosa muéstrase la vieja.
Con ella, empero, á proseguir su viaje
La bondadosa virgen se apareja.
Sin nada digno de contar, Marfisa
Un dia vaga y otro, y al tercero
Topa con un guerrero
Que, solo, cabalgaba á toda prisa.
Si saber quien fuese este os interesa,
Os diré que era el principe Zerbino,
Que por la selva espesa
Siguió en vano el camino
De un vil que de mostrar su cortesía
Le quitó la ocasion mas oportuna.
Ayudó al perseguido la fortuna;
Pues la niebla que el bosque oscurecia,
De Zeberino escondiéndolo á los ojos,
Dió tiempo á que en su pecho
Se calmara algun tanto su despecho.

Al mirar á la vieja, en quien contrasta
Lo horrible del semblante
Con su prendido rico y elegante,
A contener su risa
Todo el furor del príncipe no basta.
Y acercándose luego hácia Marfisa,
«Cuerdo guerrero debe ser,» exclama,
«Y de la envidia estar debe á cubierto
«El paladin de semejante dama.»

La vieja, que en efecto bien podia
Con la Sibila competir en años,
Vestida de aquel modo parecia
A las monas que ornadas manifiesta
Su dueño al vulgo en concurrida fiesta.
La horrorosa expresion de su semblante
A aumentar viene la ira en este instante,
Pues ente no hay que mas terrible sea
Que dama á quien se llama vieja ó fea.

Por holgarse un momento,
Muestra enojarse la ínclita doncella,
Y dice al escoces: «Por Dios, que atento
«Eres tú ménos que esa dama es bella.
«Tu discurso revela
«Una alma baja, un corazon cobarde.
«¿Qué hombre de gusto y de valor no vuela.
«Contemplando belleza tan extraña,
«A hacer ante ella de su esfuerzo alarde
«Y á quitársela á aquel que la acompaña?
«Si, pues, tú no lo has hecho,
«Es que no existe espíritu en tu pecho.»

— «Lástima,» dice el bravo jóven, fuera
«Privarte de tan digna compañera.
«Por lo que toca á mí, yo te la dejo
«Y que vivas tranquilo te aconsejo.
«Si, por cualquier otra razon, deseas
«Lo que valgo probar, no lo rehuso;
«Mas por hembras tan feas
«Nunca, nunca hice de las armas uso.»

«Fea ó hermosa, quédese contigo,
«Pues te supo prender: yo juraria
«Que iguala á su beldad tu bizarría.»
Respóndele Marfisa: — «A tu despecho
«Que por ella combatas es forzoso.
«No se dirá que objeto tan hermoso
«Mirar pudiste sin mostrar empeño
«De apoderarte de él.» — «Yo no concibo,»
Replica el escoces, «con qué motivo
«A un paladin provócase á que lidie
«Cuando se está seguro de que el triunfo,
«Grato al vencido, al vencedor fastidie.»

— «Pues bien; si esta propuesta no te agrada,»
Dice Marfisa, «espero
«Que la que á hacerte voy será aceptada.
«Si yo sucumbo, á conservar me obligo
«A aquesa dama; mas, si venzo, quiero
«Que prometas llevártela contigo
«Y seguirla do quier que ella te guie.
«Decida pues la prueba
«Cual de nosotros es quien se la lleva.»
Acepta el escoces, y sin tardanza
Vuelve el corcel para tomar carrera.
Firme en la silla, impávido se avanza
Hácia la hermosa dama, en cuyo escudo
Estrella con estrépito su lanza.

La virgen no se aterra,
Y en el yelmo le da golpe tan crudo
Que exánime rodar le hace por tierra.
Turbado queda, estupefacto y mudo
A tal desgracia el héroe, cuya cuita
Se aumenta con el improbo trabajo
De cumplir el empeño que contrajo.

Hácia él llegando luego la doncella,
Con irónico acento:
«A esta dama,» le dice, «te presento;
«Al mirarla tan bella,
«Del don que te hago crece mi contento.»

« Su paladin eres pues ya, y no dudo
 « Que, fiel á tu palabra, tú la sigas
 « Sin temer compromisos ni fatigas. »

Dice; y, lanzando su corcel lijero,
 Se oculta al punto por la selva densa.
 El escoces, que un hombre
 Ver en su audaz antagonista piensa,
 Por conocer su nombre
 A la vieja requiere.

La verdad le refiere
 Ella, y dice: « Tu fama
 « Empañó jóven dama
 « Que, altiva, vino ha poco del Oriente. »
 Zerbino de esto tal vergüenza siente,
 Que no solo se turba y se acongoja,
 Sino que, á poco mas, hasta su malla,
 De blanca que era, se tornara roja.

Del éxito fatal de esta batalla
 Contra si propio el escoces se enoja,
 Y montando á caballo, su camino
 A seguir se prepara
 Con la vieja, que en cara
 Parece echarle el daño que le avino.
 Cual corcel que, rendido, de la espuela
 Siente el agudo pincho, así Zerbino
 En silencio se afana y desconsuela,
 Y suspirando dice: « ¡Oh suerte ingrata!
 « Mientra á mi dulce amiga me arrebatá,
 « De aquesa vieja horrenda
 « Tu encono la custodia me encomienda.
 « Quedarme sin ninguna
 « Fuera en tal situacion una fortuna,
 « Pues esa que me das por compañía
 « Satisfacer no puede al alma mia.

« Tú, que á la dama que es sin par modelo
 « De belleza y virtud, pábulo triste
 « Acaso, acaso hiciste
 « De hambrientos peces ó de inmundas aves,

« ¿Será posible que el atroz tormento
 « Que me consume agraves
 « Conservando á mi lado á una Meguera
 « Que cuatro lustros ha que de sustento
 « Servir á los gusanos ya debiera? »

Así dice Zerbino, á quien la vista
 De su odiosa conquista
 Duele tanto quizá como la ausencia
 De su adorado bien. La vieja impía,
 Que al jóven ántes de hoy no conocia,
 Adquiere al escucharlo la evidencia
 De quien es, pues ya dél tuvo noticia
 Por la hija del rey moro de Galicia.

Ya dije cual, cautiva
 Hallándose en la cueva esta princesa,
 A la vieja narraba
 La lamentable causa que la priva
 Del tierno y fiel amante
 A quien fe no menor ella profesa.
 Su audacia, su carácter, su semblante,
 Le pintó de manera, que los ojos
 Con curiosa atencion la vieja alzando,
 Reconoce al instante
 A aquel por quien en la caverna un dia
 Entre ladrones Isabel gemia.

La vieja, sus clamores escuchando,
 Del triste jóven la inquietud concibe.
 Segura de que vive
 Su amada, se lo oculta sin embargo,
 Y, pudiendo colmarle de alegría,
 Trata de hacer su duelo mas amargo.

« Oye, « le dice; » tú, que tan altivo
 « De ese modo me insultas y desprecias,
 « Tus alharacas necias
 « Van á privarte del placer mas vivo.
 « De esa á quien tanto aprecias
 « Sé yo cual fué la suerte; mas primero
 « Que narrártela quiero

« Verme hecha trozos , siendo así que , un tanto
 « Tu ménos indiscreto ,
 « Conocieras agora ese secreto. »

Bien cual mastin que , con furor ladrando
 Cuando ladrones en la casa siente ,
 Se aplaca de repente

El queso que le ofrecen contemplando,
 Así de voz Zerbino y de semblante
 Cambia , llega á la vieja y la conjura
 Que de Isabel le cuente la aventura.

« Jamas sabrás por mí , » la vieja dice ,
 « Cosa que pueda de consuelo serte.

« Isabel vive , sí ; pero su suerte

« Mas que si no existiera es infelice.

« Por veinte malhechores , hace dias ,

« Sola fué sorprendida en una selva.

« En vano pues , si vuelve , cuando vuelva ,

« Coger intentarias

« La flor virgínea por que tanto ansias.»

Atenta solo á hacer al héroe daño ,

Urde la vieja este evidente engaño ;

Y , obstinada en su mal , ni aun le responde

Cada vez que él ansioso le pregunta

Cuando vido á Isabel , como , ó en donde ,

Por hablar él con tono humilde empieza ;

Mas della al ver la obstinacion , se irrita

Y amenaza cortarle la cabeza.

Vano , empero , es su afan , vana su cuita.

Agitado , zeloso ,

De amor perdido y ciego

Zerbino , que gustoso

Por su Isabel lanzárase en el fuego ,

¡ Hoy de aquella á quien odia

Ha abrazado por siempre la custodia !

Sus huellas pues siguiendo ,

Sin mirarla ni hablarle , por los montes

Y por los valles iba discurriendo.

Hácia la tarde de aquel mismo dia .

El silencio á romper del viaje vino
 Un guerrero bizarro.
 En otro canto narro
 Lo que con él al escoces avino.

CANTO XXI.

Zerbino , obligado por su palabra á ser campeón de Gabrina ,
 hiere mortalmente á un caballero que le cuenta la historia
 de aquella infame vieja.

No sujeta con lazo mas estrecho
 Al fardo el cable , ni al madero el clavo ,
 Como la fe sujeta á un noble pecho
 Y le hace ser de su palabra esclavo.
 De su pureza es el emblema Augusto
 El cándido ropaje
 Con que ciñó la antigüedad su busto ,
 Su busto , al cual ultraje
 Hace una mancha ó el menor celaje.

Bien es la fe que intacto
 Se debe conservar , ya agrade ó pese ;
 Ya á un hombre , ya á mil dése ;
 Ya por verbal , ya por escrito pacto ;
 Ya de una cueva ó de una selva oscura
 Se dé entre los espesos matorrales ;
 Ya ante escribano en pública escritura ,
 Ya escuchen nuestra voz los tribunales.

Zerbino , que jamas á una promesa
 Faltó , la grata empresa
 Abandonado habia ,
 Por ir en compañía
 De la vieja malvada ,
 A quien teme y detesta cual la muerte.
 ¡ Tanto en su pecho es fuerte ,
 Tanto el poder de la palabra dada !
 Triste , pues , taciturno y enojado ,